

Por otra parte Darío se quejaba de que los griegos impelían á la revolución á las ciudades de la Jonia, y se abrogaban el derecho de mezclarse en asuntos del gobierno interior de sus provincias, (1) poco mas ó menos lo mismo que los príncipes alemanes dijeron en nuestros días contra los decretos de la Asamblea nacional.

No era posible que en medio de esas recíprocas contestaciones conserváran los ánimos por mucho tiempo la moderación de que aun hacían alarde. Los partidos hablaban de sus deseos de paz, en tanto que bajo mano se preparaban para la guerra. Cada vez se exacerbaba mas el odio... Hippias en la corte de Suza representaba á los atenienses como un pueblo enemigo del orden y de los reyes.—Los emigrados franceses declamaban á la faz de Europa contra los regicidas que habían jurado odio eterno á los tronos.—Los griegos y los franceses decían que los pueblos debían levantarse contra los tiranos que amenazaban destruir la libertad. Los unos invocando el republicanism, los otros á la esclavitud, se insultaron, y por último, corrieron á las armas. Los atenienses y los franceses ganando en impetuosidad de carácter á los persas y á los alemanos, fueron los primeros en lanzarse al combate. (2) El año 4.º de la olimpiada sexagésimo-nona, y el 1792 de nuestra era, presenciaron las primeras hostilidades de aquellas guerras demasiado célebres. Los atenienses se precipitaron sobre el Asia Menor y quemaron la ciudad de Sardes.—Los franceses cayeron sobre el Brabante y se distinguieron tambien por sus incendios. Unos y otros tuvieron por último que emprender una fuga vergonzosa, y se retiraron dejando en pos de sí hogueras que solo podían apagarse con torrentes de sangre. (a)

CAPITULO LXIII.

PRIMERAS CAMPAÑAS.—AÑO 3.º DE LA OLIMPIADA LXXII. (3)—1792.—RETRATO DE MILCIADES—DE DUMOURIEZ.—BATALLA DE MARATON.—DE TEMMAPES.—ACUSACION DE MILCIADES—DE DUMOURIEZ.

Propusieronse los persas, así como los austriacos, tomar una ruidosa venganza de sus enemigos. Los primeros hicieron salir á Datis con un ejército de ciento diez mil hombres, y teniendo á sus órdenes á Hippias, el ateniense.—Los segundos avanzaron conducidos por el rey de Prusia, en cuya compañía iban tambien los hermanos de Luis XVI. El ejército persa despues de haberse apoderado de algunas islas inmediatas al Atica, llegó victoriosamente á Maraton.—El ejército aliado contra la Francia consiguió apoderarse de algunas plazas fronterizas y se desplegó en las llanuras de Champaña.

Quedó toda la Grecia en el mayor grado de confusión—y en Francia sucedió lo mismo. Los partidarios de la monarquía se recogían en secreto de la llegada del ejército aliado; otros, cuyas opiniones habían variado con los acontecimientos, empezaban á querer disculparse del patriotismo que habían manifestado; y por último los amantes de la libertad, exaltados por el peligro del momento, sentían que su valor se redoblabla en proporción de las calamidades que amenazaban á la patria, y obedecían á un misterioso y sublime instinto que estimulaba su ardimiento.

autoridad histórica; mas por lo tocante á Alemania no me fundo sino en mis propias observaciones: lo cual no es bastante.

(1) Herod., lib. IV, cap. CV.

(2) Herod., lib. V, cap. CII.

(a) En obsequio de la verdad histórica debo decir que en este pasaje torturo la narración de Herodoto y no guardo la mayor exactitud al referir las primeras hostilidades de los franceses. (N. ED.)

(3) 490 años antes de J. C.

Siéntese uno poseído de santa veneración al oír pronunciar el nombre de Milciades, no porque deslumbrase con sus victorias, sino por haber salvado su país de la esclavitud. (b) Las cualidades guerreras en que mas se distinguió aquel insigne varón, fueron la actividad y discernimiento. A este último debió el no haber vacilado en dejar que sus compatriotas se lanzaran en Maraton sobre los persas, bien convencido de que la reflexión podría ser perjudicial al impetuoso valor de los atenienses. Las facciones del general republicano brillaban con la expresión de sus virtudes, ¿diré de sus vicios? Una frente espaciosa, la nariz aguileña, la boca algo fruncida y poca movable, y el vigor de su mirada revelaban al terrible enemigo de los tiranos, y tal vez al hombre algo dispuesto por sí mismo á la tiranía (4) (c). El puñal de un Junio Bruto puede fácilmente ser convertido en el cetro de hierro de un César: las almas enérgicas arrojan como los volcanes grandes torrentes de luz y grandes masas de humo.

Bajo formas y facciones pequeñas, y un ademan inquieto, aunque decoroso, Mr. Dumouriez ocultaba talentos nada comunes. Acriminante la versatilidad (d) de principios, mas dado caso de que así fuera, ¿se podría por eso decir que había sido mas culpable que los demás hombres de su época? Nosotros, los romanos de este siglo virtuoso, todos tenemos en reserva nuestros trages políticos para el momento de salir al escenario; mediante una módica cantidad de dinero dada en la puerta del teatro, cualquiera puede proporcionarse el gusto de vernos representar con toga ó con librea el papel de un Casio, ó de un lacayo. (e)

Alentados por la confianza que Milciades les inspiraba, los atenienses volaron al combate.—Los franceses, conducidos por Dumouriez, buscaron al ejército aliado. Los persas y los prusianos poseídos de la mas increíble inercia, parecía que habían quedado paralizados en sus campamentos. (3) No tardaron los segundos en tener que emprender su retirada, abandonando sus conquistas: en vista de lo cual los republicanos avanzaron rápidamente hácia Flandes. Maraton y Jemmapes (6) enseñaron al mundo que el hombre

(b) Advértase que es un emigrado el que escribe.

(4) Tengo á la vista varios bustos de Milciades grabados en 1666 en Roma con arreglo á camafos antiguos que el R. B. S. ha tenido la bondad de facilitarme.

(c) Retrato hecho segun el estilo de una mala escuela. No me muestro en este particular mucho mas escrupuloso que los atenienses, pues por la simple inspección de unas facciones desfiguradas tal vez por el grabado, declaro á Milciades algo inclinado á la tiranía. Está visto que yo hubiera mandado ahorcar á los tiranos solo por su rostro. (N. ED.)

(d) Esta manía de comparar los hombres del día con personajes que hace miles de años que están reposando en la tumba, y cuya gloria ha sido sancionada por el tiempo, es un prodigioso ejemplo de la locura del espíritu de sistema. ¿Cuánta diferencia hay entre el juicio que se pronunció acerca de Dumouriez en 1794 y el que generalmente se pronuncia en la actualidad! (N. ED.)

(e) La sátira histórica no es historia, pues juzga á la sociedad únicamente por los casos excepcionales, y da lugar á que por decir una frase brillante quede tal vez sacrificada la verdad. No faltan quizas hombres indulgentes y filantrópicos que manejan alguna vez la sátira, pero hay la diferencia de que no la emplean sino como arma defensiva, en tanto que los verdaderos satíricos la usan como ofensiva. (N. ED.)

(3) Diez generales había en el ejército ateniense; pero todos cedieron el honor del mando á Milciades; mas este no quiso usarlo hasta el día en que le tocaba el turno: de aquí resultó que un puñado de griegos, (once mil hombres) se mantuvieron en presencia de ciento diez mil persas sin que estos pensáran en atacarlos. Por lo tocante al rey de Prusia diremos que se tomó el piadoso cuidado de reinstalar en su sede al obispo de Verdun, y de asistir á una misa cantada por los canónigos con gran satisfacción de los republicanos al verle tan devotamente entretenido. (N. ED.)

(6) Estas dos batallas cuyos efectos fueron tan semejantes para la Grecia y para la Francia, se diferencian totalmente en lo relativo á las circunstancias. Diez mil atenienses derrotaron á ciento diez mil persas: en Jemmapes costó trabajo á

que se bate por sus hogares, y el entusiasta que pelea en nombre de la libertad, son formidables enemigos.

A esas primeras tempestades sucedió un breve momento de calma, que los atenienses y los franceses llenaron, si así puede decirse, con su ingratitud. Habiendo Milciades y Dumouriez sufrido algunos reveses (1) fueron acusados de realismo y de haberse dejado sobornar por el oro de la Persia y del Austria. El primero murió en una prisión á resultas de las heridas que había recibido por la patria, y el segundo no pudo evitar la muerte sino fugándose. (2)

CAPITULO LXIV.

JERGES.—FRANCISCO.—CONFEDERACION GENERAL CONTRA LA GRECIA.—CONTRA LA FRANCIA.—REVOLUCION DE ALGUNAS PROVINCIAS.

En tanto el imperio de Oriente y el de Alemania habían cambiado de dueño. Darío y Leopoldo (3) dejan de existir. A estos monarcas, profundos conocedores de los hombres y de la ciencia del gobierno, sucedieron sus hijos Jerjes y Francisco. (a) Puestos ambos jóvenes al frente del gobierno de tan grandes Estados en aquellas borrascosas circunstancias, se mostraron muy distintos en carácter. Tan pusilánime se manifestó Jerjes, educado en la molición, como valeroso el emperador de Alemania, cuya primera edad había ido pasando en los campamentos de José. El único rasgo que al parecer les dió alguna semejanza, fue la obstinación. Uno y otro tuvieron tambien la desgracia de ser engañados por sus enemigos que llegaron á introducirse hasta en sus consejos.

cincuenta mil franceses forzar las líneas de diez mil austriacos. La retirada de Clerfait despues de la batalla pasa por una obra maestra del arte militar. Los persas perdieron seis mil cuatrocientos hombres y los griegos ciento noventa y dos. Dos patriotas que se hallaron en Jemmapes me han asegurado que los franceses dejaron en el campo de doce á quince mil cadáveres.—La batalla de Maraton se dió el 29 de setiembre, 490 años antes de J. C. y la de Jemmapes el 8 de noviembre de 1792.

(1) Herod., lib. VI, cap. CXXXII; C. NEP., in Mill., cap. VII.

(2) *Memorias del general Dumouriez.*

(3) Leopoldo no llegó á ver la conclusión de la primera campaña, pues falleció en Viena el mismo día que se declaró la guerra en París. Mas como esta declaración se hizo en nombre suyo, no he hablado antes de este acontecimiento, que en nada altera la verdad de los hechos, ni puede perjudicar al conjunto del cuadro.

(a) Ya está el lector acostumbrado á esta clase de comparaciones. ¿No parece que yo conozco á Jerjes tan á fondo como al respetable emperador de Alemania que aun conserva la vida? Hago la descripción de los ejércitos persas y alemanes poco mas ó menos como el ingenioso hidalgo de la Mancha decía el nombre de los generales de aquellos dos grandes ejércitos de carneros. Aquel caballero de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemo, gran duque de Quiricia....

(N. ED.)

Resuelto Jerjes á seguir con todo vigor la guerra que su padre le había legado, juntamente con la corona, reunió su consejo y demostró la necesidad de volver á todo su antiguo esplendor el brillo de la Persia, mancillado en los campos de Maraton. «Atravesaré los mares, dijo aquel príncipe, atravesaré aquella criminal ciudad y traeré cargados de cadenas á sus habitantes.» Los aliados han usado poco mas ó menos el mismo lenguaje.

No se pensó, pues, mas que en reunir los inmensos preparativos de la expedición proyectada. Despacháronse á las provincias de Persia correos portadores de las órdenes de la corte de Suza á fin de que las tropas acelerasen su marcha. Al mismo tiempo se formó una confederación general de todos los Estados del Asia, Africa y Europa, contra el pequeño país de la Grecia. Los cartagineses tomando á sueldo soldados galos, italianos é iberos, se declararon en favor del gran rey y firmaron con él un tratado de alianza ofensiva. La Fenicia y el Egipto concurren á la gran confederación con sus buques y la Macedonia con sus falanges. Jerjes sacó de sus Estados, propiamente dichos, la Media y la Persia, tropas aguerridas. Babilonia, Arabia, Lidia y la Tracia, aprestaron sus contingentes. Por último, en las llanuras de Dorisco se llegó á reunir un ejército de tres millones de soldados.

Al ruido de tan formidables preparativos algunas provincias de la Grecia, sea por cobardía, sea por su opinion, desertaron al campo de los confederados. No tardaron la Beocia, la Argolide, la Tesalia y otras muchas islas del mar Egeo en aliarse con los tiranos.

Tambien el emperador Francisco hizo contra la Francia preparativos inmensos. Sus Estados de Hungría, Bohemia y Lombardia, etc., le suministraron excelentes soldados: la Prusia sostuvo al emperador con todo su poder; los círculos electorales del Imperio aprestaron sus legiones; Inglaterra, Holanda, España, Sicilia, Cerdeña y la Rusia tomaron parte en la confederación general é hicieron avanzar numerosas huestes hácia las fronteras de Francia. Algunas provincias de esta última como la Vandé, el Lyonesado y el Langüedoc se insurreccionaron, y la naciente república, se vió interior y exteriormente atacada y en vísperas de una inevitable ruina.

Muy pocos fueron los pueblos que permanecieron tranquilos espectadores de aquellas grandes escenas. En el antiguo mundo no se sabe que dejasen de tomar parte en la expedición de Jerjes mas que Creta, Italia, y la Escitia, permaneciendo neutrales, y en nuestros días solo guardaron neutralidad la Dinamarca, la Suecia, la Suiza y algunas otras pequeñas repúblicas. Ni los griegos, ni los franceses tuvieron aliados al principio de la guerra; pero luego los conquistaron por el esfuerzo de sus armas.

El lector podrá recorrer de una mirada y enterarse de tan interesante situación á beneficio del siguiente estado.

PUEBLOS CONFEDERADOS

CONTRA LA GRECIA
EN LA GUERRA MÉDICA.

POTENCIAS CONTINENTALES.	BATALLAS, PAZ, CONQUISTAS, PAZ GENERAL.	Años a. de J. C.
LA PERSIA.		
ESTADOS PROPIAMENTE LLAMADOS DEL REY DE LOS PERSAS.		
Persia.	Los griegos talan la Lidia y son rechazados.	504
Media.	Batalla de Maraton 29 de setiembre.	490
Babilonia.	Confederacion general.	485 y siguientes.
PROVINCIAS DE LA PERSIA.		
La Lidia.	Invasion de los persas.	480
La Armenia.	Combate de las Termópilas, agosto.	480
La Pamfilia, etc.	Batalla de Salamina, 20 octubre.	480
ALIADOS.	Artago hace la paz.	
Diversos pueblos de Arabia.	Batalla de Platea de Mycala, 19 de setiembre.	479
Diversos reyes de Tracia.	La Beocia asolada por los griegos.	
La Macedonia.	La Macedonia y diversas islas del mar Egeo hacen la paz.	479
POTENCIAS MARITIMAS.		
Cartago.	Conquistas, depredaciones, y tiranía de los griegos.	
Tyro.	Ohligan a la Licia y a la Caria a declararse contra los persas.	470
El Egipto.	Subyugan la Tracia.	469 y siguientes.
La Jonia.		
PROVINCIAS INSURRECCIONADAS.		
La Beocia.	Invasion del Egipto por los griegos.	462
La Argólida.	Son derrotados en ella.	462 y siguientes.
Muchas islas del mar Egeo.		
GRIEGOS EMIGRADOS.		
Hypias, principe de Atenas.		
NACIONES NEUTRALES.	Paz general.	449
Los Escitas.		
Los pueblos de Italia.		
Los Tesalios.		
Los Cretenses.		
Y algunos otros.		
	Segun los cálculos que podemos formar con arreglo a los datos que nos han dejado los historiadores, perecieron cerca de diez millones de hombres en la guerra de los persas y los griegos.	
	Los griegos no tuvieron ningun aliado al principiar la guerra.	

CAPITULO LXV.

CAMPAÑA DEL AÑO CUARTO DE LA SEPTUAGÉSIMA-CUARTA OLIMPIADA (1) (480 ANTES DE J. C.)—CAMPAÑA DE 1793.—CONSTERNACION EN ATENAS Y EN PARÍS.—BATALLA DE SALAMINA.—BATALLA DE MAUBEUGE

Hechos ya todos los preparativos para la invasion, Jerjes levantó su campamento y avanzó hacia el Atica, seguido de sus innumerables cohortes (2).—Co-

(1) Los juegos olímpicos se celebraban durante el estío, de lo cual resultaba que entre los griegos ocupaba una campaña el último periodo del año civil y el principio de otro, esto es los tres últimos meses de la octava por ejemplo, y los tres primeros de la novena.

(2) Pasó el Helesponto al principiar la primavera del año 480 antes de J. C. permaneció algo mas de un mes en Doris-

PUEBLOS CONFEDERADOS

CONTRA LA FRANCIA
EN LA GUERRA REPUBLICANA.

POTENCIAS CONTINENTALES.	BATALLAS, PAZ, DIVERSAS CONQUISTAS.	Años de nuestra era.
ALEMANIA.		
ESTADOS PROPIAMENTE LLAMADOS DEL EMPERADOR.		
Hungria.	Intentan los franceses caer sobre el Brabante y son rechazados, 29 de abril.	1792
Bohemia.	Batalla de Jemmapes 7 de noviembre.	
Austria.	Confederacion general.	1793
Brabante.	Invasion de los austriacos.	
Lombardia, etc.	Batalla de Maubeuge, 17 de octubre.	
CIRCULOS DEL IMPERIO.	La Vandé talada por los franceses, octubre.	
Baviera.	Batalla de Fleurus, 29 junio.	1794
Sajonia.	Conquistas, depredaciones, tiranía de los franceses, octubre.	
Electorados de Treves, de Hannover, etc.	Paz de Prusia, 5 abril.	1795
ALIADOS.	El rey de España y el de Cerdeña se ven obligados a entrar en la confederacion, 28 junio.	
Rusia.		
Principados de Italia.		
España.		
Prusia.		
POTENCIAS MARITIMAS.		
Inglaterra.	El primero un año despues de la pacificacion se halla en la necesidad de declararse contra los aliados.	
Holanda.	Invasion de la Italia por los franceses.	1796
PROVINCIAS SUBLEVADAS.	Invasion de Alemania, junio.	
La Vandé.	Queda en ella destruido el ejército francés, setiembre.	
El Morbihan.	Principian las negociaciones de paz general, diciembre.	
El Lyonesado.		
Provenza y algunos otros departamentos.		
FRANCESES EMIGRADOS.		
Los Borbones, etc.		
NACIONES NEUTRALES.		
Suiza.		
Dinamarca.		
Suecia.		
Ciudades anseáticas.		
Estados-Unidos de América.		
	En las fronteras, en la Vandé y otras partes, pereció cerca de un millón de hombres. Formo este cálculo bastante moderado, al parecer, con arreglo a las Memorias de la Vandé, por el general Turreau y otros documentos.	
	Los franceses no tuvieron ningun aliado al principiar la guerra.	

bourg, generalísimo de las fuerzas aliadas marchó tambien en nuestros dias hacia Francia seguido del brillante ejército del Austria, en el cual, asi como en el de Persia, figuraban una multitud de principes. Los Alejandro, Artemisa, los reyes de Cilicia, de Tiro y de Sidon en el de Jerjes—los York, los Orange y los Saxe, en el de Cobourg. Bien diferente era el ejército enemigo. Algunos ciudadanos oscuros, cuyos nombres ni siquiera eran conocidos mandaban a otros ciudadanos pobres y de su misma condicion. No haré el retrato de Temistocles ni de Aristides que en aquella ocasion salvaron a la Grecia. Si en mi siglo hubiese encontrado hombres dignos de oponerse a la memoria de aquellos, no habria ciertamente escrito este *Ensayo*.

co. De manera que pudo emprender su marcha a fines de mayo.

Por de pronto las fuerzas aliadas arrollaron cuanto se les puso por delante. Las Termópilas, Tebas, Plataea y Thespia cayeron en poder de los persas;—Valenciennes, Condé y Quesnoi fueron presa de los austriacos. Nada les quedó que hacer a los primeros mas que penetrar en lo interior del Atica;—ni a los segundos mas que apoderarse del interior de Francia.

No es posible pintar la consternacion, el terror que se apoderaron de Atenas y de París al llegar la noticia de tamaños desastres. Inevitable parecia la ruina de la patria: sus fronteras habian sido ya forzadas; un poderoso ejército enemigo estaba a punto de caer sobre la capital y algunas de sus provincias se habian declarado en abierta insurreccion. Para colmo de males acababa de estallar entre los mismos patriotas una fatal desunion de opiniones, que al parecer extinguia hasta el último rayo de esperanza de salvacion. La muerte de Hypias en Maraton,—la toma de Valenciennes en nombre del emperador no dejaban a los realistas de Grecia y de Francia ningun género de duda por lo tocante a las intenciones de las potencias aliadas. Todos los ciudadanos convenian en que era preciso defenderse; pero nadie estaba conforme en cuanto al modo de hacerlo. Los lacedemonios opinaban que lo mas acertado era encerrarse en el Peloponeso (1); parte de los atenienses queria que se defendiera la ciudad (2), y otros eran de opinion que se confiaran todas las fuerzas a la marina (3). La ambicion de los particulares acababa de complicar el peligro. Hombres sin capacidad querian elevarse a puestos que reclaman toda la atencion de los mas grandes talentos (a): Temistocles apareció en medio de ese tumulto: se hizo lugar entre los rivales; hizo adoptar el plan de la defensa marítima (4) y salvó a la patria.—Tambien en Francia dominó en caso igual la desunion. Cada ciudadano ideaba un plan, al cual queria que todos los demás se subordinaran. Unos se prometian salvar la patria encerrándose en las plazas fuertes; otros hablaban de retirarse al interior. Los mas eran de parecer que la república se precipitara en masa sobre los aliados. Este último plan reunió mas votos en su favor, y a él se debió la victoria.

A todo esto la diversidad de opiniones, tan fatal a todas las causas, desordenaba tambien los ejércitos conquistadores, haciendo caer sus armas en una especie de imbecil postracion. Jerjes lleno de espanto por el combate de las Termópilas andaba fluctuando acerca de la conducta que debia seguir (5). No ignoraba que parte de la Grecia, como si considerara de ningun valor el formidable ejército que estaba talando ya sus campos, asistia tranquilamente a los juegos olímpicos, y el gran rey no sabia qué pensar de tanta serenidad. En su consejo el rey de Sidon se declaró en favor de un pronto ataque contra las naves griegas. Artemisa por el contrario, opinaba que el prolongar la guerra debia necesariamente causar la ruina de los enemigos.—Entre los austriacos y sus aliados muchos eran de parecer que debian apoderarse de todas las plazas fronterizas; el duque de York opinaba por dirigirse contra la capital. La opinion de la reina de Halicarnaso—y la del principe inglés fueron desechadas y se adoptaron los pareceres opuestos. De manera que cediendo al impulso de aquel destino, que al parecer rige en la suerte de los imperios, los griegos y los franceses eligieron las únicas medidas que podian salvarlos, al paso que sus respectivos enemigos se decidieron por las que

necesariamente habian de causar su perdicion (b).

En el acto Jerjes se preparó para la famosa batalla de Salamina.—Cobourg dividió sus fuerzas y dispuso que los ingleses pasaran a atacar a Dunquerque. En tanto ocurrían en la flota reunida de los griegos aquellas grandes escenas que pintan los siglos y que no aparecen sino alguna que otra vez en la historia. Habíase introducido la division entre los generales; Los espartanos, obstinados constantemente en sus proyectos querian abandonar el estrecho de Salamina y retirarse a las costas del Peloponeso. Temistocles se oponía con todo su esfuerzo a esta medida que hubiera acarreado la ruina de la patria. El general espartano en un arrebato de ira levantó el baston para sacudir al ateniense «Pega, le contestó aquel varon eminente, pero escucha.» (6). No pudo el espartano menos de someterse a ese sublime rasgo de magnanimidad.

Era una noche lóbrega: al dia siguiente iba a darse la batalla de Salamina. Latía el corazón de los griegos que tripulaban la pequeña escuadra, con la violencia de todos los afectos que tienen mas precio para el hombre, el amor, la libertad y la patria, contrabalanceados por la inquietud y la esperanza. No hubo durante aquella noche crítica, nadie que se entregara al sueño: todos la pasaron con la vista fija en las naves enemigas espionando sus movimientos. De repente en medio del profundo silencio se oye el rumor que al hendir las olas hacia una barquilla que dirigia su curso a Salamina. El misterioso navegante que venia en ella pide ser presentado a Temistocles; ¿Sabes, le dijo al llegar a su presencia, que estais rodeados y que las naves persas estan doblando la isla para cortaros la retirada?—Nada de nuevo me dices, contestó el ateniense: estan haciendo esa maniobra por consejo mio, (7)» En estas breves palabras Aristides admiró a Temistocles, y este conoció al varon ipas justo de los griegos.—La víspera del ataque del campamento austriaco por Jourdan delante de Maubeuge fue un dia de temor y ansiedad. Hasta entonces las victoriosas armas de los aliados no habian encontrado ningun obstáculo, y las tropas francesas poseidas de desaliento apenas se atrevian a presentar ningun combate; la salvacion de la Francia llegó a depender tal vez absolutamente de la de aquella plaza sitiada por los aliados, pues ademas de que su ruina habria ocasionado la de otras muchas, hubiera sido causa de que el ejército austriaco, cuyas fuerzas se hallaban imprudentemente divididas, las hubiera reunido sobre aquel punto, desde donde podia penetrar sin oposicion al interior del pais. Preciso era pues no desperdiciar aquella ocasion y hacer un esfuerzo para arrancar la patria de mano de los aliados, ó sepultarse bajo sus ruinas.

Jourdan, el general francés encargado de tan importante mision, era un soldado de alma fría, cuyo talento, menos brillante que sólido no consiguió prósperos resultados mas que en esta accion importante y en Fleurus. Despues de haber tomado todas las disposiciones para el ataque, el ejército francés pasó toda la noche sobre las armas, atento tal vez con mas temor que esperanza al resultado de aquella memorable jornada.

(b) A pesar del duque de York y de la reina de Halicarnaso, esta reflexion no es indigna de la Historia. (N. ED.)

(6) PLUT., in *Themist.*

(7) *Id.*, in *Arist.* Los griegos estaban decididos a retirarse, en vista de lo cual Temistocles avisó secretamente a Jerjes que en el acto envió naves que bloquearan los puntos por donde presumia que la escuadra griega habia de escaparse. De manera que los atenienses no tuvieron otro medio que combatir, y aprovechar su ventajosa posicion. Aristides, al pasar a Salamina echó de ver el movimiento de los buques persas, y como ignoraba la estratagemas de que Temistocles se habia valido, se apresuró a darle noticia del peligro que en su concepto le amenazaba.

(1) HEROD., lib. VIII, cap. XL; YSOCRAT., pág. 166.

(2) HEROD., lib. VII, cap. CXLIII; PLUT. in *Cim.*

(3) HEROD., lib. VII; PLUT. in *Themist.*

(a) Esto es lo que generalmente sucede en tales casos hasta que aparece el genio que ha de dominarlo todo. (N. ED.)

(4) PLUT., in *Themist.*

(5) HEROD., lib. VII, cap. CCX.

Lo contrario sucedía precisamente en el campo enemigo: todo era alegría, y todo era certeza de la victoria.—Jerjes quiso contemplar de lleno toda su gloria durante el combate de Salamina, y se sentó en un elevado trono, y para que ningún griego que se salvara de la ruina de sus buques pudiera librarse de su venganza, mandó el gran rey colocar soldados en las islas adyacentes.—Tan seguras estaban de la victoria las naciones aliadas contra la Francia, que á cada instante estaban anunciando la toma de Dunquerque y de Maubeuge.—Entre la costa oriental de la isla de Salamina y la occidental del Atica se forma un estrecho en espiral de cerca de cuarenta estadios (dos leguas) de largo y ocho de ancho. Encuéntrase casi cerrada la extremidad del estrecho por el promontorio Trofeo que corta las olas en forma de lanza. La primera línea de la escuadra griega se extendía desde la punta de este promontorio al puerto Foron situado paralelamente en la opuesta playa. Detrás de esta primera línea había otra en la misma dirección, y así sucesivamente estaba ordenada toda la escuadra ocupando el estrecho. Esta posición quitaba á los persas la ventaja del número é interrumpía su línea de batalla, cortándola con la pequeña isla Psyttalia, que está situada en frente y un poco más abajo del canal.

En el ala izquierda de la escuadra persa se hallaban colocados los fenicios, teniendo á su frente á los atenienses y á la derecha los jonios que habían de combatir contra los lacedemonios, los meyarenses y los de Egina. El almirante de la escuadra persa se llamaba Ariabignes, (1) y el que mandaba los buques griegos era Euribades.

—Los austriacos después de haberse apoderado de Valenciennes avanzaron sobre Maubeuge á cuya plaza pusieron inmediatamente sitio. El príncipe de Cobourg con un ejército de observación cubría las tropas sitiadoras.

—Habiendo Jerjes dado la señal del combate, los atenienses cayeron impetuosamente contra los fenicios. La lucha fue obstinada y durante mucho tiempo se sostuvo por ambas partes con igual valor. Mas habiendo el almirante persa Ariabignes abordado una galera enemiga, sucumbió cubierto de heridas. Desde aquel momento se hizo general en la escuadra persa la confusión, aumentada por la multitud de las naves é inutilizada por su mala posición. La innumerable escuadra del gran rey que pocos momentos antes oscurecía el mar, desapareció ante el denuedo de un pueblo libre.

—En Maubeuge volvieron los franceses á recobrar aquel brillante valor que habían perdido desde Jemmapes. Precipitáronse sobre las líneas enemigas con aquella viveza impetuosa que les distingue de todos los demás pueblos. Fosos, baterías, bayonetas, montañas, ríos, pantanos, nada les detiene. Parece que se multiplican pues casi á un mismo tiempo se les ve en diferentes sitios: trepan, corren, saltan: no bien acaban de ser vistos en la llanura, cuando ya dominan el baluarte que han tomado por asalto.

Los austriacos sostuvieron el choque con su acostumbrado valor. Aquellos bizarros soldados, que ningún contratiempo es capaz de arredrar y que después de veinte años de lucha se volverían á batir con el mismo aliento que la primera vez, rechazaron por todas partes á sus numerosos enemigos. Pero creyendo el príncipe de Cobourg que era ya inútil prolongar por más tiempo la resistencia, abandonó la posición y levantó el sitio de Maubeuge. No tardó una columna de republicanos mandada por Houchard en obligar á los ingleses á levantar el sitio de Dunquerque, y los aliados tuvieron que renunciar por entonces, á sus esperanzas de conquista.

(1) No puede según Herodoto y Diodoro decirse que la escuadra persa tuviese un almirante en jefe. Mas parece cierto que Ariabignes, hermano de Jerjes era el principal jefe.

Así como la escuadra persa formada de diversas naciones—el ejército austriaco compuesto de distintos pueblos, masa indigesta de aliados unos pusilánimes, otros traidores, otros envidiosos de la gloria que tal vez iba á recaer en este ó en aquel general, en esta ó en aquella nación, vino á estrellarse en Salamina, y en Maubeuge.—El gran rey tuvo que pasar como fugitivo en una barquichuela aquel mar al que en el delirio de su arrogancia había poco antes mandado poner cadenas (2).—Cobourg después de su contratiempo mandó que las tropas formaran cuarteles de invierno, y todos los partidos en tanto que volvía á abrirse la campaña tuvieron ocasión de meditar en la inconstancia de la fortuna ó deplorar su locura.

CAPITULO LXVI.

PREPARATIVOS DE UNA NUEVA CAMPAÑA.—RETRATOS DE LOS GEFES.—MARDONIO.—COBOURG.—PAUSANIAS.—PICHEGRU.—ALEJANDRO REY DE MACEDONIA.

Mucho faltaba aun para poderse creer la Grecia y la Francia libres de todo peligro. Jerjes dejando en pos de sí un ejército de trescientos mil hombres escogidos había hecho mas por su causa que arrastrando tres millones de esclavos.—La derrota que los aliados habían sufrido en las plazas sitiadas, no era mas que un ligero contratiempo que podía convertirse en provecho suyo dándoles una útil enseñanza. De manera que solo esperaban la venida del buen tiempo para volver á principiar las hostilidades: antes de entrar en detalles de la campaña, diremos una palabra acerca de los gefes que mas se distinguieron en ella.

Mardonio que mandaba en jefe las tropas persas que habían quedado en Grecia era un sátrapa de elevado rango y algo pariente de sus soberanos. Su ambición, que no estaba en armonía con su talento, le hacía ser uno de esos entes desproporcionados, que parecen grandes y no son mas que monstruosos. Vano, impaciente y orgulloso, no tenía mas que el valor brutal, ese valor que da la muerte, y la recibe sin temor (a).

—El príncipe de Cobourg puesto al frente de las tropas aliadas del Austria, era superior á Mardonio en lo ilustre de la cuna, y en las cualidades personales. A la bizarría y á la prudencia, reunía talento y virtudes militares, la ciencia del mando, y la lealtad del soldado (b).

Pausanias, oriundo de la familia real de Lacedemonia, y generalísimo de los ejércitos combinados de la Grecia; era un hombre lleno de jactancia, y de magníficas palabras, siempre dispuesto á hacer valer sus grandes servicios, y á vender á su patria. Después de haberla salvado en los campos de Platea, la puso villanamente algunos meses después en manos de tirano de Suza (3).

Pichegru, cuyo nombre plebeyo, humilde condición y modestia contrastan con el brillo de su fama, era el que conducía los franceses al combate. Ese hombre extraordinario, hijo de la revolución, supo elevarse desde la oscuridad de una clase inferior al puesto mas

(2) HEROD., lib. VIII, cap. CXV.

(a) Esta disparidad entre el mérito real y la ambición es un defecto de los mas comunes y puede llamarse una verdadera plaga social, siendo de advertir que no siempre produce una especie de grandeza como la de Mardonio; pues no pocas veces está colocada la ambición en sujetos tan inferiores, que no teniendo fuerzas para soportarla, se ven oprimidos bajo su peso. (N. ED.)

(b) Háganse enhorabuena retratos, pero es preciso que se parezcan. Los talentos del príncipe de Cobourg eran inferiores á sus demás cualidades. (N. ED.)

(3) THUCID., lib. I, cap. CXXXIV. Condenáronlo á muerte en Esparta; y se la dieron tapiando las puertas del templo á donde se había refugiado.

brillante de su país, y descender otra vez con no menos grandeza de alma á la oscuridad de su primera condición (a).

Finalmente en el ejército de los persas figuraba un hombre llamado Alejandro, rey de Macedonia, que traficando con su honor y conciencia, era traidor á los dos partidos, vendiéndose al mas rico ó al mas fuerte. Antes del combate de las Termópilas, avisó á los griegos del peligro de su posición en el valle del Tempe, y marchó con Jerjes á Salamina. Después de la derrota del monarca de Oriente, se llamó amigo de los atenienses, y les invitó en nombre de la humanidad á sustraerse del tirano de Asia. Acompañando á Mardonio le hizo traición en los campos de Platea para asegurarse un asilo en caso de derrota, y dió personalmente aviso á Pausanias, de que al día siguiente sería atacado por los medos. Los griegos á pesar de su odio á los reyes respetaron á este Alejandro (b) en fuerza del desprecio que les inspiraba, y no se desdijeron de seguir poniendo en juego los resortes de aquel venal maniquí, mientras que pudieron utilizarlo en alguna cosa.

No hablaré del rey de Prusia.

CAPITULO LXVII.

CAMPAÑA DEL AÑO 479 ANTES DE NUESTRA ERA Y PRIMERO DE LA OLIMPIADA SEPTUAGÉSIMA QUINTA.—CAMPAÑA DE 1794.—BATALLA DE PLATEA.—DE FLEURUS.—VICTORIAS Y VICIOS DE LOS GRIEGOS.—DE LOS FRANCESES.—DIVERSAS PACES.—PAZ GENERAL.

Tales eran los generales que mandaban en las memorables campañas, cuya historia acabamos de trazar. Así que lo permitió la estación volvieron á renovarse con mas ahínco las hostilidades. Mardonio asoló por segunda vez el Atica.—Por su parte el príncipe de Cobourg, se apoderó de Landrecies, y abrió la campaña consiguiendo otras varias ventajas; mas no tardó en cambiarse el aspecto de la fortuna. El general griego Pausanias evitando dar combates en la llanura, tuvo el arte de atraer á los persas á un terreno que no les era favorable.—El general Pichegru, invadiendo la Flandes marítima, obligó á los aliados á abandonar sus conquistas. Después de marchas y repetidas acciones parciales los grandes ejércitos griegos y persas, franceses y austriacos vinieron á encontrarse en el sitio marcado por el destino.

Es por lo regular tan despreciable la causa común de las guerras, que la narración de una batalla en que veinte mil fieras se desgarran por las pasiones de un hombre, no hace por último mas que causar disgusto y fastidio; mas cuando se ve que un puñado de valientes caen denodadamente contra una horda de opresores, cuando por una parte se ven cadenas y opresiones políticas, y por otra, la libertad y la patria es sin duda ninguna el espectáculo mas digno de fijar la atención de los hombres. Este interés es el que inspiran las batallas de Platea y de Fleurus, pero de un modo diferente. Los franceses desmoralizados ya, y habiendo marcado su revolución con los crímenes mas enormes, no presentan el interesante cuadro de los griegos pobres, inocentes, é infinitamente mas expuestos que aquellos. Atenas puede decirse que ya no existía; en el sagrado campo de Platea se encerraban hijos, padres, dioses y patria; agostada por el mortífero hábito de la esclavitud, aquella clásica tier-

(a) Esto decía un emigrado por los años de 1795 y 1796 antes que Pichegru hubiese abrazado la causa de la monarquía legítima, y antes que ocurriera por consiguiente el trágico fin de aquel grande y desgraciado general. La imparcialidad del realista puede en este caso pasar por una especie de presentimiento. (N. ED.)

(b) Hubiera sido prudente terminar el artículo en este período sin añadir la inconsiderada frase con que lo concluyó.

ra de la independencia, no prometía ya ningún elemento de subsistencia, en el caso de una derrota; pero los héroes de Platea se cuidaron muy poco del porvenir; magnanimamente resueltos á hacer el sacrificio de su vida como habían de temer vivir esclavos, estando determinados á morir como libres? (c)

Al Mediodía de la ciudad de Tebas en Beocia, se extiende una gran llanura, atravesada en su extremidad meridional por el Asopo, cuyo curso se dirige de Occidente á Oriente, delineando un grado al Norte. Por la otra parte del río, se dilata la llanura hasta el pié del monte Citeron, de manera que entre la llanura y el río queda un espacio de cerca de doce estadios en su mayor anchura.

Los persas ocupaban la orilla izquierda del Asopo con trescientos cincuenta mil hombres, desplegando su numerosa caballería en la llanura, protegido el frente con una línea atrincherada y teniendo á retaguardia Tebas y un país libre. Las tropas combinadas de los lacedemonios, atenienses y demás aliados, componían ciento diez mil hombres de infantería y estaban acampados en la pendiente del Citeron. Casi en la misma línea se echaban de ver al Oeste las ruinas de la pequeña ciudad de Platea, y en medio de la distancia que las separaba del campamento griego corría la fuente Gargafia: de manera que el Asopo era la línea que dividía ambos ejércitos enemigos.

Antes de principiarse la acción general ocurrieron dos movimientos.

Careciendo el ejército de Pausanias de agua en su primera posición, lo hizo su general desfilarse por la ladera del monte y tomó nuevas posiciones en los alrededores de la fuente Gargafia. Los persas ejecutaron una marcha paralela por el otro lado del río. Viéndose el general lacedemonio inquietado por el enemigo levantó por segunda vez el campamento para apoderarse de una isla formada al Occidente por dos ramificaciones del Asopo; mas al llegar al frente de Platea, Mardonio atravesó el río y cayó sobre el ejército griego con toda su caballería. Pausanias se puso precipitadamente en orden de batalla, de manera que los lacedemonios, formando el ala derecha quedaron en frente de los persas y de los sacios en tanto que los atenienses en la izquierda tuvieron que medir sus armas con los griegos que componían el resto del ejército de Jerjes. Los incidentes del terreno impidieron que el centro del ejército pudiera desarrollarse.

—Charlerroi, acababa de ser tomado por los franceses; mas el ejército austriaco ignoraba aun esa noticia. Habiéndose propuesto el príncipe de Coburgo socorrer aquella plaza, y habiendo recibido el día antes un refuerzo de veinte mil prusianos avanzó el 26 de junio (8 *Messidor*) á las tres de la mañana sobre el Sambre. Su ejército se componía de cien mil hombres. El ala derecha estaba mandada por el príncipe de Orange, la izquierda compuesta de holandeses y emigrados por Beaulieu, y la caballería por el príncipe de Lambesc. El ejército francés mandado en jefe por Jourdan se componía de las divisiones del Mosela, de las Ardenas, y del Norte reunidas.

Por último, llegaron los días 3 de boédromion (1),

(c) Creo que al leer esta página nadie podrá decir que los emigrados detestaban la libertad, ni que tenían afinidades con los extranjeros y deseaban el desmembramiento de la patria. Aquí desaparece toda quiétopera de sistema y es completa la imparcialidad del escritor, que no se deja cegar ni aun por el afecto de la patria; pues al paso que desea el triunfo de los franceses, al paso que aplaude su triunfo, representa su causa como menos interesante que la de los griegos y así era en realidad. Estas páginas escritas en mi primera juventud me dan derecho de hablar hoy con amor de las libertades públicas y con honor de la esclavitud: mis ideas políticas no se han desmentido un solo instante. (N. ED.)

(1) 19 de setiembre año 479 antes de J. C.